

EL YO RESIDE EN *TODOS*

POR JUAN SALVADOR YBARRA QUINTERO

5TO. SEMESTRE, CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN
2DO. LUGAR X CONCURSO DE ENSAYO, NOVIEMBRE 2018.

¿Les ha sucedido que estando en un lugar en el que comparten espacio con otras personas, levantan la mirada de sus asuntos y se dan cuenta que nadie de los presentes está interactuando entre ellos?

Me parece que el trasfondo de esta pregunta va más allá de un simple planteamiento momentáneo. Es una pancarta que expone y denota una de las características más alarmantes de nuestra sociedad: El *otro* no existe a menos que yo lo requiera.

Muchos podrán argumentar que diario se mandan mensajes, que se agregaron en alguna red social de internet, que forman parte del mismo salón de clases o que son compañeros de departamento. Estas respuestas las he escuchado infinidad de ocasiones en el contexto universitario. Mi contexto actual. Pero ¿este tipo de interacciones son suficientes?, ¿se puede comprender a una persona de esta forma?, y lo más importante, ¿es esto conocer a alguien verdaderamente?

Puedo hablar desde mi experiencia y perspectiva y decir que en estos tiempos hipercomunicados se ha banalizado el verdadero significado de la convivencia y me incluyo en esta declaración.

Resulta paradójico pensar que en un recinto donde sus fundamentos y metas principales son la convergencia de conocimiento, ideologías y culturas; el ambiente universitario se transforme en una experiencia egoísta donde sus integrantes se tornen arrogantes y renuentes a conocer las realidades que les rodean, resumiendo sus objetivos a metas egocéntricas excluyendo la importancia humanística del cimiento universitario. Porque, ¿qué es el hombre sin esa facultad que tiene de entender al otro? En eso reside su humanidad, en eso se basan sus relaciones, y

es en ese punto donde se da el desarrollo genuino, la evolución y el verdadero conocimiento.

Siempre he pensado que la diversidad es la argamasa que confronta realidades y genera campo fértil para crear ideas, es ahí donde nuestro desarrollo tecnológico debería impulsar y no atrofiar nuestras relaciones interpersonales, abriéndonos propuestas a otros contextos y personas, “entre cibercomunidades que funcionan mas allá de los límites de la nación y representan diversos tipos de solidaridad: cultural, profesional y circunstancial” (Appadurari,2007), pero que no genere el distanciamiento entre nuestros allegados más próximos, porque es en lo cercano donde muchas veces se requiere mayor apoyo, es el reencuentro con el *otro* donde se conoce la realidad de uno mismo, donde se siembran las raíces para poder crecer y desbordar los beneficios desarrollados en conjunto evitando la hipermetropía social tan diseminada en el ambiente universitario.

Es así como se llega a uno de los términos que han ocupado el tiempo de infinidad de pensadores a lo largo de la historia, la comprensión del *otro*, la alteridad. Desde Platón a Lévinas este cuestionamiento se ha desarrollado intentando comprender el sentido de nuestra vidas que en ocasiones parece carente de significado.

Pero es con este fundamento que la naturaleza humana obtiene su valor “Alteridad, pues, “capta” el fenómeno de lo humano de un modo especial. Nacida del contacto cultural y permanentemente referida a él y remitiendo a él, constituye una aproximación completamente diferente de todos los demás intentos de captar y de comprender el fenómeno humano”. (Krotz,1994). Es abriéndose y siendo con el *otro*, cuando se genera la convergencia de individuos, cuando se reconoce al yo en el *otro*.

Tal vez nuestra convivencia se ha visto fragmentada por el desconocimiento del prójimo, por una soberbia que ha cegado y encapsulado nuestros objetivos al mero beneficio personal. Pero esta propuesta lo cambia todo y rompe con el rumbo que se ha trazado en los últimos años. No podemos hablar de desarrollo si se sacrifica al prójimo, si se olvida lo humano, si se descuida la convivencia y el entorno donde nos desarrollamos. Esto habla de la pérdida del sentido fundamental de existir,

porque para vivir y saberse vivo hay que saberse uno con el *otro*. “Un saber sobre la alteridad es urgente en toda época, es condición mínima para la civilización y el autoconocimiento”. (Ruiz, 2007)

Nunca será factible ser sin el *otro*, porque en el *otro* se encuentra el *yo* y es ahí donde somos todos.

Referencias bibliográficas.

Appadurai, Arjun. (2007). *El rechazo de las minorías. Ensayo sobre la geografía de la furia*. Barcelona, España: Tusquets

Krotz, Esteban. (1994). *Alteridad y pregunta antropológica*. Ciudad de México, México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Ruiz de la Presa, Javier. (2007). *Alteridad. Un recorrido filosófico*. Tlaquepaque, Jalisco, México: ITESO.